

## ***Belén y Jerusalén, sitiadas***

**Marwan Bishara**, autor de 'Palestine/Israel', prepara un documental sobre los cristianos palestinos (LA VANGUARDIA, 01/04/05)

He aquí una historia sobre dos (sitiadas) ciudades, Belén y Jerusalén. Por Semana Santa mi hermana me envió una felicitación navideña a la que dio un nuevo giro: los tres Reyes Magos, tal como aparecen en la Biblia, en camino desde lejanas tierras para adorar a Jesús recién nacido... ¡no dejan de cavar y tratar de deslizarse aún por debajo del muro que circunda Belén!

Tal es la tragedia de este núcleo un día tan cosmopolita y lleno de vida cuyos residentes cristianos abandonan ahora en tropel. Una historia de nacimiento y resurrección se ha convertido en una pesadilla mientras Israel erige un muro que separa Belén de Jerusalén, al tiempo que aísla esta última de su entorno territorial palestino.

Sin embargo, la mayoría de los occidentales y en especial estadounidenses cuya fe ha sido el motor y guía de su vital e inexcusable respaldo a Israel siguen mostrándose olvidadizos sobre la forma en que su ocupación de Palestina ha violado el carácter sagrado de sus límites y contornos, desamparando su centro espiritual y llenando sus suburbios de gente decaída y desesperanzada. Las vicisitudes de mi hermana ayuden tal vez a explicarlo.

Mi hermana, animosa mujer que vivía en Belén y dirigía en Jerusalén un centro para ayudar a familias separadas, intentaba llevar una existencia normal bajo una ocupación anómala; no cejaba, insistiendo en que nadie la expulsaría de su casa o trabajo. Hasta que, una mañana, todo terminó. Su casa y la iglesia fueron bombardeadas por la aviación israelí en respuesta a disparos contra el asentamiento cercano. Careciendo de refugio para los niños, hubo de abandonar la ciudad para reunirse con su marido, un ingeniero obligado a reasentarse en la vecina Jordania tras la quiebra de su negocio por cierres decretados por los israelíes. Aunque, como Samia suele decir, ella ha tenido suerte. Un decenio de cierres y 37 años de ocupación militar han dejado a la ciudad santa prácticamente en ruinas, con su economía por los suelos: los nueve hospitales, 22 iglesias y 11 mezquitas de Belén se hallan actualmente separadas de sus entornos palestinos y del mundo exterior. Dentro de los límites de la ciudad, las restricciones israelíes y el muro en torno a la Tumba de Raquel han provocado el cierre de 72 de los negocios y comercios palestinos.

Israel ha construido 18 asentamientos ilegales en que viven 66.000 personas en el distrito de Belén, sin dejar crecer a la ciudad. Para aislarla e incomunicarla de estos asentamientos y de Jerusalén, Israel ha erigido 78 obstáculos físicos, incluidos 10 puestos de control, 55 terraplenes y 10,4 kilómetros de sección de muro.

Según un reciente informe de la ONU, se erigirán 53 kilómetros más de muro para acabar de cercar Belén. Es irónico que las medidas restrictivas contra fieles cristianos y musulmanes coincidieran con el proceso de paz en 1993. Desde entonces Israel ha restringido los movimientos de palestinos al interior de Jerusalén y ha dividido el suelo urbano de Belén en tres áreas separadas (A, B y C). Para que mi hermana pueda visitar a sus parientes se ha visto obligada estos años a ir atravesando diversos puestos de control en lo que era su propio vecindario.

La comunidad cristiana urbana ha sido estos años la más afectada por estos hechos. Desde el 2000, la falta de oportunidades ha motivado la emigración de casi el 10% de los cristianos de Belén:

son ahora minoría -por primera vez- en la historia reciente. Lo propio puede decirse de Jerusalén. Israel pretende haber reunido la ciudad, pero Jerusalén nunca se ha encontrado tan dividida como hoy, entre la Yerushalayem judía y la Al Quds árabe. Casi cuatro decenios tras su anexión ilegal a Israel, Al Quds permanece bajo una ocupación de facto. Con un cuarto de millón de palestinos residentes en la ciudad, Israel prosigue su *guerra demográfica* para rebajar su proporción y lograr que sea inferior a un tercio de la ciudad. A tal fin, Sharon niega en definitiva el derecho de los 40.000 jerusilimitanos que se vieron forzados a marcharse, a regresar y vivir en la ciudad.

Además, y en tanto el Ayuntamiento judío de Jerusalén se ufana de la construcción de 50.000 nuevas viviendas públicas para los judíos en los últimos años, no se ha edificado vivienda alguna para los palestinos, quienes deben pagar íntegramente sus impuestos. En el caso antiguo, 30.000 palestinos reciben menos cupos y asignaciones públicas que los 2.000 judíos, asentados en su mayoría de modo ilegal. Como en el caso de Belén, la comunidad cristiana de Jerusalén es la más afectada por la política israelí; en 1948 el 50% de los residentes cristianos de Jerusalén oeste perdieron su hogar y tras la ocupación de la parte este en 1967 sólo un 30% de la tierra confiscada por Israel pertenecía a las comunidades cristianas. En suma, los cristianos en Palestina han menguado del 20% en 1947 al 13% en 1967. Los cristianos son menos del 2% de la población palestina en los territorios ocupados y la cuarta parte de la población palestina total.

Si persiste la política de ocupación, la extinción de cristianos en Palestina se convertirá en una posibilidad real y efectiva.

Pero Israel ya no necesita camuflar su maltrato de Jerusalén este, de Belén o de los cristianos palestinos en general por temor a la reacción occidental. El inquebrantable apoyo de Estados Unidos a Israel, en unión de las bendiciones evangélicas de su ocupación dirigidas a preparar el retorno del Mesías, está expulsando a los cristianos de Tierra Santa.